

Milton, es también el mas grande de los historiadores, sin dejar de ser poeta. Miguel anuncia á nuestros primeros padres que es preciso salir del paraíso. Eva llora y se desconsuela al abandonar sus flores; «¡Oh flores, dice, que habeis recibido todas de mí vuestros nombres!» Hermoso rasgo que algunos creyeron ser original de uno de los últimos poetas germánicos, y que no es mas que una de las bellezas de que tanto abundan las obras de Milton. Adán se lamenta también; pero es por tener que abandonar los sitios que Dios se había dignado honrar con su presencia. «Yo habría podido decir á mis hijos, dice Adán, en la cumbre de esa montaña se me apareció; bajo aquel árbol se hizo visible á mis ojos, entre aquellos pinos oí su voz; al borde de aquella fuente hablé con él.»

Esta idea de Dios de que el hombre está dominado en el *Paraíso perdido*, es de una extraordinaria sublimidad. Eva al venir á la vida, no se manifiesta ocupada mas que de su belleza, ya no ve á Dios sino al través del hombre; Adán en el momento de su creación comprendiendo que no ha podido crearse á sí mismo, busca y llama á su Creador.

Eva permanece dormida al pie del monte: Miguel en la cumbre manifiesta á Adán toda su raza por medio de una vision. Esto da lugar á que se desarrolle toda la accion de la Biblia. Por de pronto viene la historia de Cain y Abel. «¡Oh Señor, esclama Adán al Ángel, al ver caer á Abel, ¿es eso la muerte? ¿Es ese el camino por donde he de volver á mi polvo nativo?» Téngase presente que en la Escritura no se hace mencion de Adán despues de su caída; durante novecientos treinta años parece que al género humano, su desgraciada posteridad, no se ha atrevido á nombrarle: el mismo San Pablo no lo numera entre los santos que han vivido de la fé; el Apóstol no principiaba esta lista sino por Abel. Adán está considerado como el primero de los muertos, porque todos han muerto en él, y sin embargo, durante nueve siglos, vió desfilar sus hijos hacia la tumba que él les había abierto y preparado.

Después de la muerte de Abel, el Ángel hace ver á Adán un hospital y las diversas especies de muerte; cuadro lleno de vigor á la manera del Tintoreto. Adán llora al verlo, dice el poeta, aunque no había nacido de mujer. Reflexion patética inspirada al poeta por aquel pasaje de Job: «El hombre nacido de mujer no vive sino poco tiempo, y está lleno de muchas miserias.»

La historia de los gigantes de la montaña que seducen á las mujeres de la llanura, está maravillosamente contada. En el libro XI, Milton imita al Dante por sus formas de interpelaciones del diálogo; ¡MAESTRO! Dante habría invitado á Milton á entrar con él como hermano en el grupo de los grandes poetas. En el libro XII no se refieren los hechos mediante una vision, sino que ya se sigue la forma de una narracion. La torre de Babel, la vocacion de Abraham, la venida de Cristo, su encarnacion y su resurreccion, estan llenas de todo género de bellezas. El libro concluye por el destierro de Adán y Eva, y por aquellos versos tan melancólicos que todo el mundo sabe de memoria.

En estos dos últimos libros se ha ido aumentando la melancolia del poeta: parece que le es mas sensible el peso de la desgracia y de los años. En boca de Miguel pone estas palabras:

«Gozarás de la vida, y semejante á un fruto que ha llegado á su madurez, volverás á caer al seno de la tierra de donde has salido. Tú serás no duramente arrancado, sino blandamente cogido por la muerte, cuando llegues á ese estado de madurez que se llama ancianidad. Mas para eso tendrás que sobrevivir á tu juventud, á tu fuerza y á tu hermosura, que se cambiará en fealdad, en decadencia, en demacra-

cion. Tus sentidos embotados, habrán perdido esos gustos y esas dulzuras que ahora te halagan, y en vez de ese aire de juventud, de alegría y de vivacidad que te anima, dominará en tu árida sangre una fría y estéril melancolia, que irá abrumando tus sentidos, y agotará por último el bálsamo de tu vida.

Cierto comentador hablando acerca del númen de Milton por lo tocante á estos últimos libros del poema, dice: «Es el mismo Océano, pero en el momento del reflujio; el mismo sol, pero en la hora del ocaso.»

Sea así. A mí el mar me parece mas hermoso cuando me permite recorrer sus playas abandonadas y cuando se retira al horizonte con el sol que toca ya en su ocaso.

CARÁCTER DE LOS PERSONAJES DEL PARAISO PERDIDO.— ADÁN Y EVA.

Milton puso en el primer hombre y en la primera mujer, el tipo original de todos sus descendientes.

«En sus divinas miradas resplandecía la imagen de su glorioso autor con la verdad, la sabiduría y la santidad severa y pura; severa, pero fundada en aquella verdadera libertad filial de donde procede la verdadera autoridad entre los hombres. No son iguales, así como tampoco son semejantes en sexo; él está formado para la contemplacion y el valor; ella para la blandura y la dulce gracia seductora; él únicamente para Dios; ella para Dios en él. La anchurosa frente del hombre y su mirada sublime, revelan su poder supremo; sus cabellos negros como la noche, partidos en derredor de la frente, penden como racimos; pero no flotan sobre sus anchas espaldas. La mujer ostenta como un velo su cabellera de oro que baja esparramándose y sin adorno alguno hasta su delgada cintura: sus trenzas caen formando caprichosas ondulaciones como los zarcillos de la viña; símbolo parece esto de dependencia, pero de dependencia exigida con blando imperio, concedida por la mujer, y con mas gusto aceptada por el hombre, concedida con una sumision modesta, un decoroso orgullo, una tierna resistencia, ¡amorosa dilacion!...»

«Así vivían desnudos, y no evitaban la vista de Dios, ni la del ángel, porque no pensaban en el mal. De esta manera, asidos constantemente de la mano, vivía la mas hermosa pareja que desde entonces se ha unido en los abrazos de amor: Adán, el mas hermoso de los hombres que de él han nacido; Eva, la mas hermosa de las mujeres que le han debido su origen.» (*Paraíso Perdido*, lib. IV.)

Adán, sencillo y sublime, instruido por el cielo, no tiene mas que una debilidad y se echa de ver que esa será la causa de su ruina: despues de haber referido su creación á Rafael y sus conversaciones con Dios en la sociedad, pinta su arrebatado al ver por primera vez á su compañera.

«Parecióme aunque estaba dormido, que veía el sitio en que me hallaba, y la gloriosa figura en cuya presencia había estado despierto. Bajándose hacia mí (Dios) me abrió el costado izquierdo y me tomó una costilla caliente con los espíritus del corazón, y empujándola de la nueva sangre de la vida. Ancha era la herida que me hizo; pero súbitamente quedó llena de carne y se curó. Añasó y modeló aquella costilla con sus manos; y por la virtud de estas se formó una criatura semejante al hombre, pero de distinto sexo. Era tan agradablemente hermosa, que todo cuanto me había parecido hermoso en el mundo, no me pareció digno de atencion de aquel momento, ó mas bien creí que todas las bellezas se habían refundido en ella y en sus miradas que desde entonces han derramado en mi corazón una dulzura nunca anteriormente sentida. Su presencia comunica á todos

los seres espíritu de amor y amorosas delicias. Esa criatura desapareció, y me dejó en oscuridad: desparté para buscarla, ó para lamentar eternamente su pérdida y renunciar á todos los demás placeres. Cuando empezaba ya á perder la esperanza de verla, héla allí no lejos tal cual la había visto en mi sueño, adornada de cuanto el cielo y la tierra pueden prodigar para hacerla admirable. Avanzó hacia mí conducida por su divino creador (aunque invisible.) No ignoraba la santidad nupcial, ni los ritos del casto enlace: la gracia campeaba en todos sus ademanes, y el cielo en sus ojos: cada uno de sus movimientos expresaba dignidad y amor. Yo, trasportado de jubilo no pude menos de esclamar en alta voz:

«Al fin has cumplido tu promesa, ¡Oh Creador dulce y benéfico, dispensador de todo lo hermoso pero éste ciertamente es el mejor de tus donativos, y en él nada has economizado. Ahora veo el hueso de mis huesos y la carne de mi carne, ahora me veo á mí mismo ante mí mismo.»

«ELLA me oyó, y aunque venia conducida por la mano de Dios, su inocencia, su modestia virginal, su virtud, la conciencia de lo que valía... todo por decirlo de una vez, la misma naturaleza, por muy pura que se hallaba de pensamiento pecaminoso, produjo en Eva un efecto tal, que al verme, se retiró. Yo la seguí: Eva comprendió lo que era el honor, y con majestuosa sumision tuvo á bien atender á mis razones. Condújela al frondoso sitio destinado para nuestro enlace nupcial ruborizándose como la aurora. Todos los cielos y las estrellas faustas, deramaron en aquel momento su mas benéfica influencia. La llanura y las colinas dieron señales de júbilo: las aves trinaron dulcemente; las frescas brisas y los blandos vientecillos, murmurando entre el ramaje, y jugueteando, nos arrojaban hojas de rosa con sus alas, y nos ofrecían los aromas de que se empapaban en el bosque florido. Por fin, la enamorada ave de la noche, cantó el himno de nuestras bodas y rogó á la estrella vespertina que se apresurara á presentarse en la cima de su colina para encender nuestra antorcha nupcial.

«Te he referido mi condicion y contado mi historia hasta el colmo de la felicidad terrestre de que disfruto. Debo confesarte, que en todas las cosas que me rodean hallo felicidad, pero sea que las use, sea que me abstenga de ellas, no producen en mi espíritu ese cambio ni esos vehementes deseos. . . .»

«Mas en este particular sucede lo contrario. La veo, la oigo enajenado de placer. Así fue como por primera vez sentí la pasion, esa emocion estraña. Superior y tranquilo en medio de cualquiera otra placida sensacion, aquí solo es donde me siento débil al encanto de la poderosa mirada de la belleza. O la naturaleza ha flaqueado en mí dejándome alguna parte incapaz de resistir á semejante objeto, ó bien habiendo sido ella arrancada de mi lado, se llevó tal vez consigo una porcion demasiado grande de mi vida, ó por lo menos se le han prodigado demasiados encantos.... Al contemplar sus gracias, me parece tan absoluta, tan completa en sí misma, y tan instruida en sus deberes, que todo lo que hace ó dice me parece lo mas discreto, lo mas virtuoso y lo mas atinado. La ciencia mas elevada cae y se humilla en su presencia; la sabiduría al hablar con ella se desconcierta y parece locura. La autoridad y la razon la siguen como si hubiese sido creada antes que ellas. Finalmente, por decirlo de una vez, la magnanimidad y la nobleza han hecho de ella su magnífica morada, circundándola de un respeto que inspira timidez como si estuviera custodiada por un ángel.»

¿Quién ha dicho nunca cosas semejantes? ¿Qué poeta ha hablado nunca en semejante lenguaje? ¿Qué

miserables somos en nuestras composiciones modernas comparándolas con esas vigorosas y magníficas producciones! Milton, cuida de separar á Eva en tanto que Adán cuenta á Rafael su debilidad; pero Eva curiosa y oculta entre el ramaje, oye lo que por fin ha de contribuir á su perdicion.

Eva ejerce una seducccion inesplicable: respira á un mismo tiempo inocencia y voluptuosidad; pero también es inconstante y está envanecida de su belleza: se obstina en ir sola á sus trabajos de la mañana á pesar de las súplicas de Adán; se ofende del temor que éste le manifiesta, y se cree capaz de resistir al príncipe de las tinieblas.

El débil Adán cede á todo, y la sigue con tristes miradas cuando va desapareciendo en la espesura de los bosques. No bien ha llegado al pie del árbol de la ciencia, queda seducida á despecho de los consejos de Adán, del cielo, y á despecho de las imágenes de un sueño que le había inspirado terror, y en el cual el espíritu de la mentira le había dicho lo que la serpiente le vuelve ahora á decir: algunas alabanzas de su belleza la fascinan; cae.

El estupor de Adán, la resolucion que toma de probar el fruto fatal para morir con Eva, la desesperacion de ambos, las recriminaciones, el perdon, la reconciliacion, el propósito de Eva de darse la muerte ó de privarse de posteridad, todo está dicho en el tono mas sublime y patético.

Por lo demás, Eva tiene analogías con las heroínas de Shakespeare: en su carácter predomina algo estremadamente juvenil, una sencillez parecida á la infancia, y esto es precisamente la escusa de una seducccion tan fácilmente consumada.

El estilo de las escenas no pertenece sino á Milton. Sabidos son los deliciosos versos con que Eva da cuenta de sus primeras sensaciones al salir de las manos del Creador.

«Dulce es el aliento de la mañana, dulce la aurora con el canto de las aves que la celebran; agradable es el sol cuando desde el Oriente despliega en este delicioso jardín sus rayos sobre la yerba, los árboles, los frutos y las flores que brillan con la humedad del rocío; encantadora es la venida de la noche tranquila y graciosa; encantadora la noche callada con su ave solemne, y esa luna tan bella, esas perlas del cielo, y esa bóveda estrellada; pero ni el aliento de la mañana con el mágico canto de las aves, ni el sol al aparecer sobre este delicioso jardín, ni la yerba, ni las frutas, ni las flores brillantes con la humedad del rocío, ni los perfumes despues de la benéfica lluvia, ni la caída de la tarde tranquila y graciosa, ni la noche callada con su cantor solemne, ni el paseo bajo la claridad de la luna, ni la oscilante luz de la estrella, nada tiene dulzura sin tí.»

Adán, al entrar en la espesura que va á servir de tálamo nupcial, oculta el anhelo de la felicidad que le espera bajo este casto y religioso deseo.

«Creador, tu delicioso paraíso es demasiado vasto para nosotros: echa de menos tu abundancia manos que se la repartan, y cae al suelo sin que nadie la siegue. Mas tú nos has prometido una raza para llenar la tierra, una raza que con nosotros glorificará tu bondad infinita cuando nos despertemos, ó cuando como ahora vayamos á buscar el sueño que es también uno de tus inapreciables donativos.»

Adán se despierta antes que Eva en el tálamo.

«Incorpórase y apoyando su frente en las manos contempla con éstasis á su muy amada compañera. Con la mirada de un cordial amor contempla aquella belleza que despierta ó dormida brilla siempre con todo género de encantos. Luego con una voz dulce como cuando el céfiro juguetea entre las flores, toca suavemente la mano de Eva y murmura estas palabras:

«Despierta, hermosa mía, esposa mía, postrer bien

»que me ha sido dado, el mas cumplido é inapreciable beneficio que el cielo me ha concedido, mi delicia inagotable, despiértate! ¡La aurora brilla, la frescura de la selva nos invita, no perdamos las primicias del día!»

Rafael al ver á Eva le dirige las palabras de la salutación angelical:

»Salve, madre de los hombres, cuyas fecundas entrañas llenarán el mundo de hijos mas numerosos que los frutos variados que Dios hace pender de los árboles que les han de servir de sustento.»

En los himnos del poeta todo queda santificado por los recuerdos de la religion. Esas suaves pinturas de la felicidad son tanto mas dramáticas, cuanto que Satanás las está presenciando: de la misma boca de los esposos afortunados oye el secreto y el medio de perderlos. La felicidad de Adán y Eva es temible: cada instante de su dicha produce un nuevo temor cuando se considera que debe ser seguido de la perdición del humano linaje.

»¡Ah! pareja encantadora, dice el soberano del infierno. ¡no presumis cuán cercano está vuestro cambio! todas vuestras delicias van á desvanecerse dejándoos sometidos al infortunio, infortunio tanto mas amargo, cuanto mas plácido es ahora vuestro bienestar. Pareja feliz, pero demasiado mal guardada para que sigáis gozando siempre de vuestra felicidad.»

»No porque yo sea vuestro enemigo declarado; aun podría tener piedad de vosotros al veros abandonados cual lo estais, á pesar que para mí no haya piedad!»

Donde el autor emplea mas arte es en la pintura de los amores de nuestros padres despues del pecado: en su descripción brillan los mismos colores; pero el efecto es enteramente distinto. Eva no es ya una esposa; es una querida; la púdica recién casada en las espesuras del Eden entra en los jardines de Pafos: la voluptuosidad ha reemplazado al amor; la morvidez hace las veces de las castas caricias. ¿Cómo ha conseguido el poeta esa metamorfosis? No ha desterrado de sus descripciones mas que la sola palabra: *Inocencia*. Los dos esposos salen abrumados de fatiga del sueño en que los ha sumergido la embriaguez del fruto vedado: bien se comprende que acaban de engendrar á Cain. En sus rostros descubren con vergüenza las pálidas huellas del placer! advierten su desnudez y recurren á la hoja de higuera.

El hombre ha caído; el globo queda desconcertado en sus ejes: las estaciones se alteran y la muerte da su primer paso en el universo.

EL ETERNO Y SU HIJO.

El carácter del Padre omnipotente está trazado con oscuridad. En este particular hay que admirar la reserva del autor; temió dar una idea mortal al ser imperecedero; no puso en la boca de Jehovah mas que discursos tomados del texto de los libros sagrados y de los comentarios selectos de los escritores cristianos de todas las épocas: todo versa sobre las cuestiones mas abstractas de la gracia, del libre albedrío y de la presciencia. El Eterno se engrandece en el fondo de las tinieblas teológicas y filosóficas donde la mano del respeto y del misterio lo tiene oculto. Ya veremos cómo Milton, confundido por la multitud de esos sistemas, no se habia formado una idea bien distinta de la Divinidad única.

Pero el carácter del Hijo es una obra cuya perfección nunca será bastante admirada. En Cristo hay una naturaleza humana, por medio de la cual el hombre puede comprenderlo mejor, y como tambien hay en él una naturaleza divina, Milton al través de la primera consigue elevarse al conocimiento real del Hombre-Dios.

La ternura del Hijo es inefable y nunca llega á des-

mentirse. Desde el tercer libro del poema se le ve ofrecerse como víctima expiatoria, aun antes de la caída del hombre diciendo al Padre: «Héme aquí: me ofrezco yo por él, vida por vida. Caiga tu cólera sobre mí; tómame por el hombre. Para salvarlo dejaré tu seno, abandonaré espontáneamente la gloria que gozo cerca de tí; por él moriré contento; ejerza la muerte sobre mí su furor.»

«Cesó de hablar el Hijo; pero en su misericordioso aspecto seguia hablando el silencio, respiraba un inmortal amor por los hombres mortales.»

En el segundo libro el Padre envia el Hijo á juzgar á la criminal pareja. «Voy, pues, dice el Hijo hácia los que te han ofendido; pero tú sabes que cualquiera que sea la sentencia, sobre mí ha de recaer el principal castigo. Me he comprometido en tu presencia y no me arrepiento, puesto que por mi inocencia espero se mitigue el castigo que ha de caer sobre mí.»

El Hijo rehusa todo acompañamiento: á la sentencia que va á pronunciar, no han de asistir mas que los dos delincuentes. Desciende al jardín como un blando viento de la noche; su voz lejos de ser espantosa es llevada por la brisa al oído de Eva y Adán. El hombre y la mujer se ocultan; el Hijo vuelve á llamarlos; «Adán ¿en dónde estás?» Adán duda; luego avanza penosamente seguido de Eva, y por último contesta: «Me he ocultado porque estoy desnudo.»

El Hijo no le hace por de pronto ningun cargo, y sigue diciendo con dulzura: «Con frecuencia has oído mi voz; lejos de causarte espanto te llenaba de alegría. ¿Por qué te suena ahora de un modo terrible? ¿Dices que estás desnudo ¿quién te lo ha dado á conocer?»

De esta manera, sigue diciendo el poeta, juzgó al hombre quien era á un mismo tiempo su juez y su salvador... En seguida viendo á los dos criminales en pie y desnudos en medio de un aire que iba á corromperse, tuvo compasión y no se desdenó tomar el aspecto de servidor, el mismo de que se revistió cuando lavó los pies de sus servidores. Con la solicitud de un padre de familias cubrió su desnudez con pieles de animales... Tambien se apiadó de su desnudez mas ignominiosa: cubrió su desnudez interior con la túnica de su justicia estendiéndola entre ellos y las miradas de su Padre, hácia cuyo seno voló subitamente.

Falta espresion para alabar unas cosas tan divinas.

Al final del libro X, Adán y Eva reconciliados y penitentes van á rogar á Dios en el mismo puesto en que fueron juzgados. Sus oraciones suben al cielo; el gran intercesor las presenta al Padre perfumadas con el incienso que humea en el altar de oro: «Considerad, Padre mio, cuales son los primeros frutos que ha hecho germinar en la tierra esa gracia que introdujisteis en el corazón humano: son suspiros, son oraciones lo que os presento, yo que soy vuestro sacerdote... El hombre no sabe en qué términos ha de hablaros; permitid que yo sea su intérprete, su abogado y su víctima propiciatoria. Grabad en mí todas sus acciones buenas ó malas: yo perfeccionaré las primeras y expiaré las otras con mi muerte.»

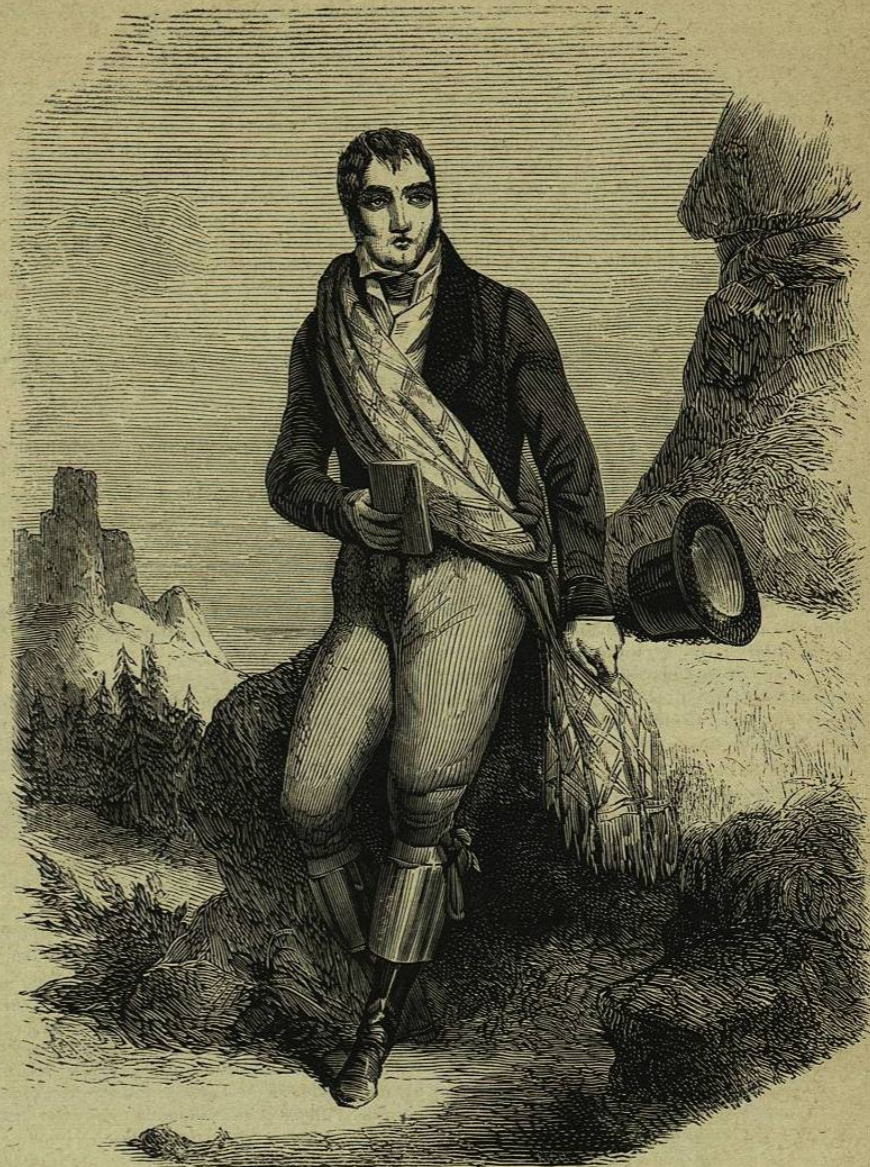
En este pasaje la belleza de la poesía está á la altura de la belleza del sentimiento.

Finalmente, en el libro XII Milton dejando las alturas de la Biblia descendiendo á la mansedumbre evangélica para pintar el misterio de la redención. «A fin de sufrir el castigo á que te has hecho acreedor, dice Miguel á Adán, el Hijo se vestirá de tu carne, y se responderá á sufrir una vida despreciada y una muerte afrentosa...»

»Sobre la tierra se ve vendido, escarnecido, preso violentamente, sentenciado y condenado á muerte, muerte de ignominia y de maldición. Es clavado en la cruz por su mismo pueblo, pero muere para darte la vida y enclavar á su cruz tus enemigos.»

ANGELES.

Entre los ángeles presenta una gran variedad de caracteres. Uriel, Rafael y Miguel, tienen rasgos que los distinguen entre sí. Rafael es el ángel amigo del hombre. La pintura que de él hace el poeta está llena de gracia y de pudor.



BYRON.

Milton dulcifica su númer a la luz del cristianismo: así como ha pintado lo que ha precedido al tiempo, así os deja en el tiempo en que os ha introducido á presenciar la caída del hombre. Pasa al través de ese plazo intermedio y se apresura á anunciar la destrucción del tiempo, que dice volar con las alas de las horas y á proclamar la renovación de las cosas, esto es, a reunión del fin, y el principio en el seno de Dios.

«Enviado por Dios hácia nuestros primeros padres, al llegar al Eden sacudió sus seis alas que esparcieron á lo lejos aromas desconocidos al mundo. Adán llamó á Eva: «Eva, ven pronto. Mira hácia aquellos árboles del lado de Oriente. ¿no ves una forma brillante que se encamina á este sitio? Diríase que es una aurora en medio de la luz del día.» Rafael se acerca á Adán, del mismo modo que en la antigüedad bíblica los ángeles pedían hospitalidad á los patriarcas ó

como en la antigüedad gentilica los dioses venían á sentarse á la mesa de Filemon y de Baucis. Rafael saluda á nuestra primera madre con las mismas palabras que Gabriel saludó á María, segunda Eva. En seguida cuenta, según ya se ha dicho, lo que habia sucedido en el cielo, la caída de los espíritus rebeldes y la creación del mundo: satisface la curiosidad del padre de los hombres, y se ruboriza como se ruboriza un ángel, cuando Adán se atreve á hacerle preguntas

acerca de los amores de los espíritus. Cuando se remonta al cielo, Adán le dice: «Partid, huésped divino, seguid siempre protector y amigo del hombre, y volved con frecuencia á visitarnos.»

Miguel, caudillo de las milicias celestiales, viene también al mundo, pero es para espulsar del paraíso á los dos delincuentes. Se presenta bajo la forma humana y en traje de guerrero. Su rostro al levantar la celada manifiesta la edad en que la juventud acaba y la virilidad principia. De su cintura pende una espada brillante como un zodiaco, y en la diestra lleva negligentemente una lanza. Adán lo ve desde lejos: «No es terrible su aspecto, dice á Eva, no debe aterrarme; pero no tiene aquel aire dulce y sociable como Rafael.» El poeta conoce familiarmente á todos esos ángeles, y os hace vivir con ellos. El ángel leal en el ejército de Luzbel es enérgico; no tardará en citar uno de sus discursos. Hasta el Querubín que sorprende á Satanás hablando al oído de Eva, presenta rasgos correctamente caracterizados. Luzbel insulta á ese Querubín: «No conocerme, prueba que tú mismo eres poco conocido, y el último de tu legion.» Zefor le responde: «Espíritu rebelde, no vayas á creer que tu aspecto sea el mismo, ni que sea posible conocerte; no tienes ya aquel brillo puro que te rodeaba cuando estabas en el cielo. Tu gloria se ha desvanecido con tu inocencia, el menor de los nuestros puede todo contra tí, tu crimen constituye de debilidad.»

Cuando el mismo Satanás se transforma en espíritu de luz, el poeta derrama sobre él todas las armonías de su arte. «Bajo la corona los cabellos del arcángel flotan en bucles y sombrean sus dos mejillas; ostenta alas, cuyas plumas, de diversos colores, están matizadas de oro: su corta túnica parece á propósito para andar con celeridad, y apoya sus pasos llenos de decoro en una barilla de plata.»

Todos esos espíritus llenos de una variedad y belleza infinitas, parecen retratados según sus caracteres, por Miguel Ángel y Rafael, ó mas bien que Milton los ha vestido y representado con arreglo á los cuadros de aquellos grandes maestros, transportándolos del lienzo á la poesía, y dándoles con el auxilio de la lira la palabra que el pincel no había podido hacer salir de sus labios.

DEMONIOS Y PERSONAJES ALEGÓRICOS.

Por demás es recordar lo que nadie ignora acerca de los espíritus de las tinieblas cual Milton los ha tratado. Todo el mundo confiesa que su creación de Satanás es incomparable.

Luis Racine hace la siguiente observación al hablar de los cuatro monólogos de Satanás: «¿Con qué motivo el espíritu del furor, el sobrante del mal hace algunas reflexiones que podrían llamarse discretas? 1.º, al contemplar la belleza del sol; 2.º, al contemplar la hermosura de la tierra; 3.º, al contemplar la felicidad de los seres que por medio de una tranquila conversación se dan mutuamente seguridades de amor; 4.º, al contemplar uno de aquellos dos seres, que solo y cultivando flores en un bosquecillo, es imagen de la inocencia y la tranquilidad. Todo lo bello, todo lo bueno, escita por de pronto la admiración del ángel caído; pero esta admiración produce remordimientos por el recuerdo del bien perdido, y el fruto de estos remordimientos es la implacable dureza. El rey del mal se va haciendo sucesivamente digno de su funesto imperio. Eva, cogiendo flores, le parece dichosa. Su tranquilidad es el placer de la inocencia; Satanás va á destruir lo que admira, porque es destructor de todo placer. En esos cuatro monólogos el poeta conserva á Satanás el mismo carácter, y no se copia. Satanás no es el héroe de su poema; pero es la obra maestra de su poesía.»

Milton dá casi un impulso de amor á Satanás al contemplar á Eva: el arcángel tiene envidia al ver las caricias que se prodigan los esposos. Eva, seduciendo por un momento al insensato rival de Dios, al caudillo del infierno, al espíritu del odio, deja en la imaginación una idea incomprensible acerca de la belleza de la primera mujer.

Los personajes alegóricos del *Paraíso perdido*, son el Caos, la Muerte y el Pecado. Tal era la imaginación del poeta que de la Muerte y del Pecado hizo dos entes reales y formidables. Nada mas espantoso que el instinto del Pecado, cuando desde el fondo del infierno, entre las llamas del Tártaro y el océano del caos, aquel fantasma adivina que su padre y su amante han hecho la conquista del mundo. La misma Muerte advirtiéndolo, dijo á su madre el Pecado: ¡Qué olor de matanza siento! ¡Presencia innumerable! Ya paladeo el sabor de muerte de todo lo que existe.... La pálida Forma, dilatando en aquella atmósfera apesada, sus anchas narices olfateó á lo lejos su presa.

(Su madre, el Pecado). Hay que tener presente, según se ha manifestado ya en el *Genio del Cristianismo*, que la palabra *pecado* en inglés, pertenece al género femenino, y la muerte al masculino. Racine quiso salvar en francés esa dificultad de géneros, dando á la Muerte y al Pecado nombres griegos. *Ate* (el pecado) *Ades* (la muerte); yo no he creído deber someterme á ese escrúpulo: contra Luis Racine tengo la autoridad de Juan Racine cuando dice:

«La mort est le seul dieu que j' osais implorer.»
(La muerte es el único dios que me atreví á implorar.)

Me ha parecido que los lectores acostumbrados anticipadamente á esta ficción, se acomodarán al cambio de géneros, y que sin dificultad harán que la Muerte sea del género masculino y el Pecado del femenino, á despecho de sus artículos.

Criticando Voltaire en Londres esta célebre alegoría, dió lugar al que lo estaba oyendo á que improvisara el siguiente dístico:

«You are so witty, you profligate and thin,
At once we think you Milton, death, and sin.»
(Es tanto vuestro ingenio, sois tan flaco y callado,
Que nos pareceis, Milton, la muerte y el pecado.)

No me falta ya mas que hablar de otro personaje del *Paraíso perdido*, es, de su autor.

MILTON EN EL PARAISO PERDIDO.

Campea el republicanismo del autor en cada verso del poema: los discursos de Satanás respiran el odio de la independencia. Pero Milton, que siendo entusiasta de la libertad, había sin embargo servido á Cromwell, da á conocer la especie de república que deseaba: no era una república de igualdad, ni una república plebeya, sino una república aristocrática y en la cual se admitieran jerarquías. «Si no somos todos iguales, dice Luzbel, todos somos igualmente libres: rangos y categorías no afirman la libertad, pero se avienen con ella. ¿Quién, pues, en derecho, ó en razón, puede aspirar al dominio de los que son por derecho iguales suyos, si no en poder y en brillo, por lo menos en libertad? ¿Quién puede promulgar leyes y edictos entre nosotros, que hasta sin ellas nunca vamos errados? ¿Quién puede obligarnos á recibir á éste ó aquél por dueño y adorarlo en detrimento de estos imperiales que demuestran que hemos sido creados para gobernar y no para obedecer?»

Si alguna duda podía haber sobre el particular, Milton en su *Medio fácil de establecer una sociedad libre*, se explica de un modo que no dá lugar á ambigüedades; declara que la república debe ser regida por un gran consejo perpétuo; no quiere remedios

populares para combatir la ambición de ese consejo permanente, porque el pueblo se precipitaría en una democracia licenciosa y desenfrenada. Milton, ese altivo republicano, era noble; tenía escudo de armas, en él campeaba un águila de plata con las alas desplegadas en fondo de sable (negro), dos cabezas de gules (rojo), y piernas y pico de sable. Los americanos tienen escudos mas feudales que los de los caballeros del siglo XIV; son caprichos que no perjudican á nadie.

Los discursos, que componen mas de la mitad del poema, ofrecen nuevo interés desde que tenemos tribunas. El poeta trasporta á su obra las formas políticas del gobierno de su patria. Satanás convoca un verdadero parlamento en el infierno; lo divide en dos cámaras: en el Tártaro hay una cámara de pares. La elocuencia forma una de las principales cualidades del talento del autor, y los discursos pronunciados por sus personajes son modelos de destreza y energía. Abdiel, al separarse de los ángeles rebeldes, dirige estas palabras á Satanás:

«Abandonado de Dios, espíritu maldito, veo que tu caída es inevitable: tu desgraciada cohorte envuelta en esa misma perfidia, está plagada del contagio de tu crimen y de tu castigo. No te agites ya para saber cómo sacudirás el yugo del Mesías de Dios; sus indulgentes leyes no pueden ser invocadas, se han lanzado ya contra tí decretos que no tienen apelación. Ese cetro de oro que tú rechazas, se ha convertido en una vara de hierro para mortificar y castigar tu desobediencia. Tú me has aconsejado bien: huyo, pero no por tus consejos ni por temor de tus amenazas; huyo de ese campamento criminal y réprobo temiendo que la cólera que está amenazando estalle súbitamente, sin establecer ninguna distinción. Prepárate á sentir muy en breve sobre tu cabeza el rayo, fuego que devora. Entonces aprenderás á conocer que el que te ha creado puede aniquilarte cuando le plazca.»

En el poema se encuentra á primera vista algo que no es fácil explicar: la república infernal quiere destruir la monarquía del cielo, y sin embargo Milton, cuyas tendencias son siempre republicanas, da siempre la razón y la victoria al Eterno. Esto consiste, en que el poeta estaba en este caso dominado por sus ideas religiosas; quería como los independientes una república teocrática, esto es, la libertad gerárquica bajo el único poder del cielo. Además, había admitido á Cromwell como teniente general de Dios y protector de la república.

Cromwell, our chief of men, who through a cloud
Not of war only, but detractions rude,
Guided by faith and matchless fortitude,
To peace and truth thy glorious way hast plough'd,
And on the neck of crowned fortune proud
Hast rear'd God's trophies and his work pursued,
While Darwen Stream with blood of Scots imbued,
And Dunbar field resounds thy praises loud,
And Worcester's laureat wreath! Yet much remains
To conquest still; peace hath her victorees
No less renown'd than war: new foes arise
Threatning to bind our souls with secular chains:
Help us to save free conscience from the paw
Of hireling wolves, whose Gospel is their maw.

(Cromwell, jefe de los hombres, que al través de la nube no solo de la guerra sino hasta de una destrucción brutal, guiado por la fe y por una incomparable grandeza de alma, has labrado tu glorioso camino hacia la paz y la verdad. Tú, que sobre el cuello de la orgullosa fortuna coronada has plantado los trofeos de Dios y continuado su obra, en tanto que el curso del Darwen se teñía de la sangre de los escoceses, y el campo de Dunbar repetía tus aplausos y los laureles adquiridos en Worcester. Aun te falta mucho por conquistar. La paz tiene sus victorias no menos

ilustres que las de la guerra. Nuevos enemigos se presentan, amenazando atar nuestras almas con las cadenas seculares; ayúdanos á salvar nuestra libre conciencia de las guerras de los lobos mercenarios de quienes el Evangelio es el vientre).

En concepto de Milton, Satanás y sus ángeles podían ser los orgullosos presbiterianos que rehusaban someterse á los Santos, á cuya facción pertenecía el autor del poema, y de quienes reconocía como jefe por voluntad de Dios al inspirado Cromwell.

Echase de ver en Milton un hombre atormentado que estando aun conmovido por los espectáculos y las pasiones revolucionarias, permanece de pie después de la caída de la revolución refugiada y palpitante en su seno. Pero la parte formal de esa revolución le domina; la gravedad religiosa forma el contrapeso de sus agitaciones políticas, y sin embargo, en medio del espanto de sus ilusiones y sueños de libertad desvanecidos, no sabe á dónde acudir y permanece confuso hasta en lo tocante á la verdad religiosa.

Leyendo atentamente el *Paraíso perdido*, se ve que Milton andaba vacilando entre mil sistemas. Desde el principio de su poema se manifiesta sociniano por aquella famosa expresión: *Un mas grande hombre*. No habla del Espíritu Santo, ni de la Santísima Trinidad, ni dice nunca que el Hijo sea igual al Padre. Tampoco se le oye decir que el Hijo haya sido engendrado desde toda eternidad; antes por el contrario, supone su creación inmediata y posterior á la de los ángeles. Si Milton perteneció á alguna secta, debió ser al arrianismo; no admite la creación propiamente dicha, y supone una materia preexistente, coeterna con el espíritu. A su modo de ver, la creación particular del universo no es mas que una pequeña porción del caos arreglada, pero siempre dispuesta á volver á caer en el desorden. Todas las teorías filosóficas conocidas del poeta, han sido mas ó menos representadas en sus creencias: unas veces sigue á Platon en su sistema de los ejemplares de las ideas, otras á Pitágoras en la armonía de las esferas, y otras á Epicuro ó Lucrecio con su materialismo, como cuando presenta los animales medio formados saliendo de la tierra. También es fatalista, ó por lo menos se adapta á ese funesto sistema cuando hace decir al arcángel rebelde: Yo, Satanás, nací de mí mismo en el cielo, cuando el círculo fatal indicó la hora de mi creación. Tampoco se libra Milton del panteísmo ó espinosismo; pero su panteísmo es de una naturaleza particular.

Desde luego parece que el poeta supone el panteísmo consabido, mezclado de materia y de espíritu: mas si el hombre no hubiera pecado, Adán, desprendiéndose poco á poco de la materia, habría llegado á ser de la naturaleza de los ángeles. Adán peca, y para redimir la parte espiritual del hombre, se materializa el hijo de Dios que es enteramente espíritu; descien-de á la tierra, y muere y resucita después de haber pasado al través de la materia. Según este sistema, Cristo viene á ser el vehículo, por medio del cual la materia puesta en contacto con la inteligencia, se espiritualiza. Por último, cuando llegue el complemento de los tiempos, la materia, ó mundo material, cesará confundido en el otro principio. «El Hijo, según dice Milton, será absorbido en el seno del Padre con el resto de las demás criaturas: Dios existirá todo en todo, y esto será el panteísmo espiritual que sucederá al panteísmo de los dos principios.»

De manera, que nuestra alma se abismará en el manantial del espiritualismo. ¿Qué será ese océano de inteligencia, de la cual una leve emanación encerrada en la materia ha sido bastante para descubrir el movimiento de las esferas, é inquirir la naturaleza de Dios? ¿Qué es lo infinito? ¿Cómo! ¡Siempre mundos después de otros mundos! La imaginación su-

fre vértigos al intentar sondear esos abismos, y Milton naufraga en ellos. Sin embargo, en medio de esa confusión de teorías, el poeta permanece bíblico y cristiano, y una y otra vez cuenta la caída del hombre y la redención. Siendo por de pronto puritano, luego independiente y luego anabaptista, llega por último á ser quietista entusiasta, ó santo como ellos mismos se llamaban: desde este punto Milton ya no es mas que una voz que canta al Eterno. Milton no fué ya al templo, ni dió signo alguno exterior de religion: en su poema dice, que la oracion es el único culto agradable á Dios.

Ese poema, cuya primer escena se abre en los infiernos, y la última acaece en el cielo despues de haber atravesado la tierra, no tiene en el vasto desierto de la nueva creacion mas que dos personajes humanos; todos los demás son habitantes sobrenaturales del abismo de felicidades sin fin, ó de la negra patria de las inagotables miserias. El poeta se atrevió á penetrar en esa soledad; se presentó en ella como un hijo de Adán, diputado de la raza humana perdida por la desobediencia; apareció como el hierofante, como el profeta encargado de aprender la historia de la caída del hombre para cantarla en el arpa consagrada á las penitencias de David. Su canto está tan lleno de inspiracion, de santidad y de grandeza, que la noble cabeza del poeta no desdice al aparecer colocada cerca de la de nuestro padre en presencia de Dios y de los ángeles. Al salir del abismo de las tinieblas, saluda aquella luz sagrada de que sus ojos estaban privados.

«Salve, luz sagrada, hija del cielo, nacida la primera, ó coeterno rayo del Eterno. ¿Podré llamarte así sin ofenderte? Puesto que Dios es luz, y que de toda eternidad habita en una luz impenetrable, habita en tí, y tú eres brillante efusion de una brillante esencia increada. Pero si prefieres oír que te llamen raudal de puro éter, ¿quién podrá decir tu origen? Tú existías antes que el sol, y antes que los cielos; á la voz de Dios cubriste como un manto el mundo que nacia de las aguas negras y profundas, conquista arrebatada al vacío infinito y sin forma.

«Ahora te vuelvo á visitar con vuelo mas atrevido: habiéndome escapado de la estigia laguna.... siento la influencia de tu vivificadora y soberana y llama. Pero tú no visitas estos ojos que en vano giran por hallar uno de tus rayos penetrantes, y no encuentran ninguna aurora. ¡Tan profundamente apagados están en tu órbita; tan denso es el velo que los cubre!

«Sin embargo, no ceso de vagar por los sitios frecuentados de las Musas.... No me olvido de aquellos dos mortales, iguales á mí en desgracia (ya que

no me es dable decir en gloria), el ciego THAIRIS, el ciego MENOIDES y THRESIAS y FRINEO, vates antiguos. Alimentándose de aquellos pensamientos que hacen resonar las métricas cadencias del alma, soy parecido al pájaro que vela y canta en la oscuridad: oculto en el mas espeso ramaje, exhala sus nocturnos lamentos.

«Vuelven sucesivamente con el año las estaciones; pero la luz no vuelve para mí, ni vuelve la dulce aparicion del sol, ni su desaparicion en el ocaso, ni los brillantes colores de las flores que trae la primavera en su seno, ni la rosa del verano, ni la contemplacion del divino rostro del hombre. Nubes y tinieblas que nunca se disipan, me rodean eternamente. «Cerrado está para mí el agradable camino por donde van los vivientes: el libro de la ciencia no me presenta mas que una inmensa página negra en la que están borradas todas las magnificencias de la naturaleza. ¡Vedado me está el átrio de la sabiduría!

«Brilla, brilla pues con mas fulgor interiormente, ¡oh luz de los cielos! Empápense bien todas las facultades de mi alma de tus rayos: da luz á mi espíritu; separa, dispersa lejos de ella todas las tinieblas, ¡á fin de que yo pueda ver y decir cosas invisibles á los ojos de los mortales.»

Con acento no menos patético esclama en otro pasaje.

«¡Ah! si yo alcanzara de mi celestial patrona un estilo que correspondiera á mi pensamiento. Dignase visitarme de noche sin que yo la imploré..... Aun me queda por cantar un asunto mas elevado que bastará para eternizar mi nombre, si es que no ha llegado un siglo demasiado tarde, ó si el frio del clima ó de los años no entumece mis humilladas alas.»

«¿Qué elevacion de inteligencia no necesitaría el poeta para sostener esa entrevista, si así pudiera decirse, con Dios y con los prodigiosos personajes que creó! En ningun tiempo ha existido un talento mas grave ni al mismo tiempo mas lleno de ternura que el de ese hombre. «Milton, dice Hume, escribió siendo pobre, viejo, ciego, desgraciado, y hallándose rodeado de peligros, un poema maravilloso, superior no solo á las producciones de sus contemporáneos, sino á las que él mismo escribió en su juventud y en los dias de su mas alta prosperidad.» Vislúmbrese efectivamente en ese poema al través del ardor propio de los años juveniles, la madurez de la edad y el peso de la desgracia, circunstancia que da al *Paraiso perdido* un indefinible encanto de cálculo y de pasion, de inquietud y de paz, de tristeza y de placer, de razon y de amor.

CUARTA PARTE.

LITERATURA BAJO LOS DOS ULTIMOS ESTUARDOS.

COMPARACION DE LOS HOMBRES Y COSAS DE LA REVOLUCION DE INGLATERRA CON LOS DE LA FRANCESA.

Si pasáramos sin procurar una transicion desde Milton á los escritores del tiempo de los dos últimos Estuardos, caeríamos desde mas alto que los ángeles del *Paraiso perdido*, precipitados desde el cielo al abismo. Mas aun tenemos que dirigir una mirada sobre la revolucion de donde salió el poeta, y compararla con la ocurrida en Francia; así conseguiremos ir descendiendo insensiblemente hasta ponernos al

nivel de la época de Carlos y Jacobo. Esfuerzo nos cuesta el desprender la consideracion de aquellos tiempos del 1649, que tan curiosas afinidades tuvieron con los nuestros: estableciendo un paralelo entre los hombres y las cosas veremos que los sucesos de la revolucion francesa conservan sobre los ocurridos durante la república y el protectorado inglés una indisputable, pero tambien muchas veces funesta superioridad.

La revolucion francesa debe confesarse vencida en cuanto á la parte literaria por la revolucion de Ingla-

terra: la república, el imperio y la restauracion no produjeron canto que pueda rivalizar dignamente con el del *Paraiso perdido*: en todo lo demás, escepto en el punto de vista de moralidad y religion, la revolucion de Francia es superior á la de sus vecinos los ingleses.

Al desarrollarse ésta en 1649, no habia entre los pueblos las comunicaciones rápidas y directas cual hoy existen: las ideas y los sucesos de una nacion no se comunicaban entonces á todo el globo por la multiplicidad de caminos, celeridad de correos, estension del comercio y de la industria, y por las publicaciones de la prensa periódica. La revolucion de la Gran Bretaña no puso en conflagracion á toda la Europa: limitada á una isla, no pudo lanzar sus armas ni sus teorías á los postreros confines de Europa; no predicó la libertad y los derechos del hombre con la cimitarra en la mano, como Mahoma predicó el Corán y el despotismo; ni se vió obligada á rechazar en lo esterior una invasion, ni á defenderse en lo interior contra un sistema de terror: el estado religioso y social no eran lo que son en la actualidad.

Así es que los personajes de aquella revolucion no llegaron á la altura de los de la revolucion francesa, medida por una escala mucho mayor, y consumada por una nacion mucho mas enlazada con el destino general del mundo. ¿Podrian Hampden ó Ludlow compararse á Mirabeau? Convenimos en que por lo relativo á la moralidad le aventajaron, pero quedando siempre inferiores por lo que hace al talento.

«Figurando por sus desórdenes y azares de la vida en los sucesos de mas importancia, y teniendo relaciones con los penitenciosos por la justicia, con los raptos y aventureros, Mirabeau, tribuno de la aristocracia y diputado de la democracia, tenia algo del carácter de Graco, de don Juan Tenorio, de Catilina, de Guzman de Alfarache, del cardenal Richelieu y del de Retz, del calabera de la regencia y del salvaje de la revolucion, añadiendo á ese extraño conjunto el ser hijo de una familia desterrada de Florencia, que nunca se habia despojado enteramente de sus palacios armados y de aquellos grandes facciosos celebrados por Dante, familia connaturalizada en Francia, y en la que el espíritu feudal de la edad media de esta nacion, y el espíritu republicano de la edad media de Italia se hallaban reunidos en una sucesion de hombres verdaderamente extraordinarios.

La fealdad de Mirabeau campeando sobre el fondo de la belleza particular de su raza le daba el aspecto de algun severo personaje de los pintados por Miguel Angel, compatriota de los *Arrighetti*, en el Juicio final. Los huecos producidos por las viruelas en el rostro del orador parecian la escara que produce una quemadura. Parecia que su cabeza habia sido modelada para sostener una corona ó rodar en el patíbulo; sus brazos parecian destinados á comprimir un pueblo ó arrebatar una mujer. Cuando fijaba la vista en el pueblo sacudiendo sus crines, lo contenia; cuando levantaba su garra, la plebe se precipitaba furiosa. En medio del espantoso desorden de una sesion lo vi en la tribuna sombrío, feo é inmóvil, y me hizo pensar en el caos de Milton, impasible y sin forma en el centro de su confusion.

Dos veces me encontré con Mirabeau en un banquete; la una en casa de la sobrina de Voltaire, la señora marquesa de Villete, y la otra en el *Palais royal* con unos diputados de la oposicion que Chapelier me habia dado á conocer. Diré de paso que Chapelier fue al patíbulo en el mismo carro que mi hermano y M. de Malesherbes.

Al terminarse la comida empezaron á hablar acerca de los enemigos de Mirabeau, yo me encontraba á su lado, y como joven tímido y desconocido no habia hablado ni una sola palabra. Mirabeau me miró de frente con aquella espresion de vicio y de inteligencia, y po-

niéndome su anchurosa mano en el hombro, me dijo: «*Nunca perdonarán mi superioridad.*» Todavía siento la impresion de aquella mano como si Satanás me hubiese tocado con su garra de fuego (1).

Mirabeau se vendió á la corte y la corte lo compró en un momento que fue demasiado pronto para él y demasiado tarde para ella. El tribunal aventuró su celebridad por una pension y una embajada: Cromwell estuvo á punto de trocar su porvenir por un título y el diploma de la órden de la *Jaretiera*. No se apreciaba á sí mismo en mas á pesar de su soberbia. Desde aquella época la abundancia de numerario y de empleos ha hecho subir mas el precio de las conciencias.

La tumba eximió á Milton del cumplimiento de sus promesas y lo puso al abrigo de peligros que probablemente no habria podido vencer: viviendo habria puesto en evidencia su debilidad en el bien; la muerte lo dejó en todo el vigor del poder por lo tocante al mal.

CLUBS.

No faltaron facciosos y partidos en Inglaterra, ¿pero que tienen que ver los *meetings* de los santos, de los puritanos, de los niveladores ni de los agitadores con los clubs de la revolucion francesa? Ya he dicho en otra parte (*Génio del Cristianismo*) que Milton puso en el infierno una imágen de las perversidades que habia presenciado, ¿Qué cuadro seria el suyo si hubiese visto todo lo que en París ví en 1792, cuando al volver de América atravesé la Francia para ir á mis destinos.

La fuga del rey (21 de junio de 1791) hizo dar un inmenso paso á la revolucion. Habiendo vuelto á ser traído á París en 23 del mismo mes, se vió destronado por primera vez por haber la asamblea nacional declarado que los decretos tendrian fuerza de ley sin necesidad de la sancion ó aceptacion régia. Un alto tribunal de justicia, abriendo el paso al tribunal revolucionario, se estableció en Orleans. Desde aquella época empezó Madama Roland á pedir la cabeza de la reina en tanto que la revolucion no pedía la suya. El motin del Campo de Marte tuvo lugar contra el decreto que suspendía al rey de sus atribuciones, en vez de sujetarlo á un enjuiciamiento. La aceptacion de la constitucion en 14 de setiembre no consiguió calmar la efervescencia. El decreto de 29 de setiembre concerniente al reglamento de las sociedades populares, aumentó el violento carácter de estas y fue el último acto de la asamblea Constituyente que se disolvió á las veinte y cuatro horas de haberlo dado y dejó una eterna revolucion á la Francia.

La asamblea Legislativa instalada en 1.º de octubre de 1791, se agitó en el torbellino que iba á arrasarse todo lo existente. Sangrientas turbulencias estallaron en los departamentos; en Caen se saciaron de matanza y se comieron el corazon de Mr. Belzunze. El rey opuso su veto al decreto contra los emigrados, y este acto legal aumentó el tumulto. Pethion desempeñaba la primera autoridad municipal de París. Los diputados decretaron la acusacion (1.º enero 1792) de los príncipes emigrados: al dia siguiente fijaron en la fecha del anterior el principio del año IV de la libertad. En 13 de febrero empezaron á verse gorros colorados por las calles de París, y la municipalidad mandó construir picas. El manifiesto de los emigrados apareció en 1.º de marzo. Austria empezaba á ponerse sobre las armas; eran ya conocidos el tratado de Pilnitz y el convenio entre el emperador y el rey de Prusia. París estaba dividido en secciones mas ó menos hostiles las unas de las otras. En 20 de marzo de 1792 adoptó la asamblea Legislativa la máquina

(1) Mirabeau se jactaba de tener hermosas manos; no me opongo á que así fuese, pero yo era tan delgado y él tan gordo que con su mano me cubrió enteramente el hombro.